



Revista Eleuthera

ISSN: 2011-4532

eleuthera@ucaldas.edu.co

Universidad de Caldas

Colombia

Cruz Castillo, Alba Lucía
LA RAZÓN DE LAS EMOCIONES FORMACIÓN SOCIAL, POLÍTICA Y CULTURAL DE
LAS EMOCIONES

Revista Eleuthera, vol. 6, enero-junio, 2012, pp. 65-81

Universidad de Caldas

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=585961835006>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

LA RAZÓN DE LAS EMOCIONES FORMACIÓN SOCIAL, POLÍTICA Y CULTURAL DE LAS EMOCIONES

THE REASON OF EMOTIONS
SOCIAL, POLITICAL AND CULTURAL EDUCATION OF EMOTIONS

ALBA LUCÍA CRUZ CASTILLO*

Resumen

En el presente escrito se muestran algunas argumentaciones por las cuales es posible suponer que las emociones no están desligadas de los marcos interpretativos de los movimientos sociales y de la misma forma de las acciones colectivas; y que por el contrario no podría comprenderse la acción colectiva sin dar cuenta de las emocionalidades que le subyacen.

Las emociones entran en el espiral de la razón, y contribuyen en el proceso de razonamiento en vez de perturbarlos. Las emociones tienen una dirección hacia un objeto, este objeto tiene a su vez una descripción intencional, estas dos características hacen que las emociones no sean impulsos corporales, sino que estas estén ligadas a marcos culturales y sociales y que de forma directa aporten a la toma de decisiones e influyen en los procesos argumentativos y deliberativos de la acción social y política de los seres humanos.

Palabras clave: acción colectiva, emociones, cultura política.

* Trabajadora Social. Especialista en Política Social. Magister en Estudios de Familia y Desarrollo. Estudios Doctorales en Antropología Social y Cultural. Docente investigadora, Universidad de La Salle, programa de Trabajo Social.

Abstract

This paper presents some arguments about the reasons why it is possible to assume that emotions are not separated from the interpretative framework of social movements and, in the same way, of collective actions, which, could not be understood in another way without considering the underlying excess of emotion.

Emotions come into the spiral of reason, and contribute to the process of reasoning rather than disrupting them. Emotions have a direction towards an object; this object has in itself an intentional description. These two characteristics make emotions become not only corporal impulses, but also have them linked to cultural and social frameworks that directly contribute to decision making and influence the argumentative and deliberative processes of human beings' social and political actions.

Key words: collective action, emotions, political culture.

En el último año distintas corrientes teóricas han recuperado el tema de las emociones y su rol fundamental en el escenario de la política y la cultura, y más específicamente en los temas de movimientos sociales, acción colectiva, toma de decisiones, cultura política y geopolítica. Dentro de los argumentos principales que subyacen a estas corrientes, es relevante mencionar el hecho de romper con el binomio dicotómico entre razón-emoción; debatir acerca de la ruptura de los “paradigmas” positivistas y poner en el escenario el tema de los giros culturales, la relevancia de las emociones en la interacción humana y, por lo tanto, desligar el tema de las emociones de explicaciones exclusivamente biológicas.

Se vuelve sobre la premisa de Damasio, que emoción y razón son un conjunto y como lo demostraría en su texto *El error de Descartes* (2001) fue la introducción de la ciencia y el conocimiento en un racionalismo “intocable”, que ponía la razón y los sentimientos en lados opuestos; sin embargo, estas corrientes sostienen que los sentimientos lejos de perturbar, tienen un marcado predominio en las labores de la razón. La noción dualista de Descartes consiste en separar el cerebro del cuerpo. Pero el postulado principal de Descartes, “pienso, luego existo”, es una falacia: no se puede pensar antes de ser. La mente no es el piloto del barco. Es el barco mismo. Descartes suponía que pensar era una acción ajena al cuerpo, tratando de buscar un fundamento lógico para su filosofía, sin embargo, “resulta paradójico pensar que Descartes, si bien contribuyó a modificar el curso de la medicina, ayudara a desviarla de la visión orgánica, de mente-en-el-cuerpo, que prevaleció desde Hipócrates hasta el Renacimiento. Aristóteles habría estado muy molesto con Descartes” (Damasio, 2001 : 32).

Descartes había anticipado el carácter bipolar de los actos de la conciencia, lo cual implica que si bien para él existía una separación, era evidente que la conciencia apuntaba a un objeto,

este poseía un carácter de referencia del otro. Este carácter relacional Husserl lo denominaría “intencionalidad de la conciencia”; posteriormente Sartre retomaría esto de la fenomenología, pero criticaría el carácter idealista de la misma. Sin embargo, Sartre pone en escenario un elemento fundamental para el análisis de las emociones, y es la noción de que la conciencia emocional es ante todo conciencia del mundo y no una respuesta desde la modificación de nuestro ser psíquica; en este sentido señala Sartre: “la conciencia no se limita a proyectar significaciones afectivas sobre el mundo que le rodea: vive en el mundo que acaba de crear” (Sartre, 1973 : 56).

La tesis expuesta en este documento es que a diferencia de lo que propone una visión tradicional racionalista, según la cual las emociones están por fuera del campo de la razón, estas por el contrario forman parte del ejercicio de la racionalidad. Las emociones tienen presencia tanto desde los marcos interpretativos culturales, como desde los elementos objetivos que están contenidos en la acción social y política, y desde allí tendrían una inferencia directa en la toma de decisiones, las motivaciones a la conformación de movimientos sociales, formarían parte de la configuración de las identidades colectivas y estarían ligadas incluso a decisiones políticas acerca de la forma de gobernar sobre un territorio.

Acción colectiva - movimientos sociales y emociones

Los estudios de movilización social se han enfocado a comprender los marcos de acción y algunas motivaciones objetivas de los miembros para su vinculación; no obstante la relevancia de las emociones, los estudios sobre movilizaciones sociales las han silenciado sistemáticamente puesto que tienden a suponer las emociones como “irrupciones irracionales del estado de ánimo que conllevan a la toma de decisiones incorrectas” (Aminzade & MacAdam, citados por Páez et al., 1994: 35).

Las investigaciones de Goodwin, Jasper y Polletta (2003) introdujeron la importancia de las emociones en los movimientos sociales afirmando que éstas se configuran y se forman en el orden social, son “resultados reales, anticipados, recolectados o imaginados de las relaciones sociales” y por eso, identifican características estructurales de los movimientos como el estatus y el poder.

En ese mismo sentido, Kemper insiste en que las posición de los actores en las jerarquías de estatus y poder tienen un correlato en las emociones que se sienten; al respecto John Elster, Aminzade y MacAdam argumentan que las emociones pueden llegar a fomentar la toma racional de las decisiones, y que las emociones y el proceso emocional explican los dos niveles de movilización social, el individual y el colectivo.

En el nivel individual recalcan la importancia de las emociones en los primeros momentos del movimiento, como estímulos iniciales para la acción colectiva. En el plano de lo colectivo las emociones constituyen una parte fundamental de la identidad y la cohesión del grupo, y es desde allí donde la organización recobra su sentido colectivo, frente a un propósito determinado; “el discurso emocional consigue su significado no en virtud de su relación con el mundo interior, sino por el modo en que éste aparece en las pautas de la relación cultural” (Gergen, 1996: 273).

En este sentido las emociones no se dan exclusivamente en lo individual, sino que tienen una configuración en lo colectivo. Para llegar a determinar un concepto de emoción en el contexto del fenómeno colectivo, es necesario analizar sus componentes. De acuerdo con Averill (1997 citado por Peiró, Fernández & Morales, 2004: 29) éstos son: **pasividad**, referida a la motivación esencial que nos lleva a realizar una acción frente a un objeto de conocimiento; **subjetividad**, que surge de una evaluación del ser humano frente a la situación vivida, permitiéndole tomar decisiones frente a ésta; e **intencionalidad**, que posibilita el análisis del objeto concreto de la emoción y la relación establecida con éste.

Estos a su vez determinan unos tipos de respuesta emocional que se agrupan en tres grandes líneas y en donde la emoción tendrá una conceptualización propia:

- La primera, denomina **bifactorial**, considera la emoción *como el resultado de la interacción de dos factores, el cognitivo y el fisiológico*. Este modelo desarrollado por el psicólogo español Gregorio Marañón, y posteriormente por Stanley Schachter, supone que la emoción depende tanto de la activación de la persona por alguna causa como del contexto y de la situación, especialmente la observación de las reacciones de otras personas. En otras palabras, el resultado de la percepción de una situación crea respuestas viscerales que generan emoción, y esta a la vez es determinada como tal de acuerdo a un entorno social y cultural específico, en este sentido la emoción se reduce a un proceso cognitivo resultado de la evaluación del entorno.
- La segunda, llamada **construccionista**, propuesta de George Mead y posteriormente desarrollada por Thomas Kemper, James Averill o Brian señala que la emoción es la interpretación de la situación y dicha interpretación se elabora a través de la interacción con los demás. La emoción es, por lo tanto, un fenómeno interactivo, una manera de interpretar o reinterpretar la situación.
- La tercera línea, determinada **expresión facial**, pone el énfasis de las emociones a las expresiones del cuerpo.

Estas aproximaciones conceptuales le han otorgado un lugar a las emociones, sacándolas de un plano estrictamente de explicaciones psicológicas y biológicas, en donde las emociones son ubicadas en lo individual como sensaciones corporales; sin embargo, estas nuevas perspectivas suponen que las emociones se producen en la interacción social, por lo tanto se “expresa en un mundo de significados compartidos socialmente, convenciones, valores culturales y creencias” (Otero, 2006: 46), que inciden en la valoración del entorno y en la motivación de los actores hacia la acción. Este sentido, en la misma lógica en que las emociones se configuran en el orden social, son resultados “reales”, anticipados, recolectados o imaginados de las relaciones sociales, y por ello pueden dar características “reales” a las estructuras de poder y estatus dentro de las mismas acciones que ejecuta y lleva a cabo el movimiento.

La anterior premisa irrumpe en la tradicional dicotomía racionalidad-emoción, esta quizá es una herencia racionalista en donde se asume que las decisiones se toman exclusivamente en términos racionales sin que las emociones interfieran en este proceso; hacia finales del siglo XX el Dr. Antonio Damasio propuso un cambio esencial en esta concepción: “La cognición y las emociones no solo están estrechamente entrelazadas, sino que además, la emoción es el primer mecanismo para la racionalidad” (Damasio, 2001: 57). Si la integración entre la emoción y la cognición se produce de manera acertada, entonces los sentimientos¹ se encaminan en la dirección adecuada, y nos llevan al lugar apropiado para la toma de decisiones racionales, donde podemos dar un buen uso a los instrumentos de la lógica.

Tampoco quiere ello decir que cuando los sentimientos tienen una acción positiva tomen la decisión por nosotros; o que no seamos seres racionales. Sólo sugiero que determinados aspectos del proceso de la emoción y del sentimiento son indispensables para la racionalidad. En el mejor de los casos, los sentimientos nos encaminan en la dirección adecuada, nos llevan al lugar apropiado en un espacio de toma de decisiones donde podemos dar un buen uso a los instrumentos de la lógica. Nos enfrentamos a la incerteza cuando hemos de efectuar un juicio moral, decidir sobre el futuro de una relación personal, elegir algunos mecanismos para evitar quedarnos sin un céntimo cuando seamos viejos o planificar la vida que tenemos delante. La emoción y el sentimiento, junto con la maquinaria fisiológica oculta tras ellos, nos ayudan en la intimidadora tarea de predecir un futuro incierto y de planificar nuestras acciones en consecuencia. (Damasio, 2001: 10).

¹ El sentimiento, a diferencia de la emoción, es siempre una cognición acerca de lo que sucede en la emoción, es decir, una cognición sobre aquello que nos emociona.

Las emociones contribuyen a descifrar situaciones igualmente racionales, las emociones surgen de contextos sociales y culturales que configuran respuestas de orden emocional, desde esta premisa, ninguna emoción es irracional, y en el caso de los movimientos sociales están aparecen en sus momentos iniciales en donde se ligan a las motivaciones que los actores tienen y configuran para la vinculación a ellos. Para Elias y Moore (citados por Bolívar, 2006) la vida emocional es tomada no como sistemas cerrados dirigidos por una determinada lógica, sino como una dimensión específica de la acción y la experiencia humanas, como relaciones sociales inscritas en coordenadas materiales e históricas muy precisas.

“Las emociones surgidas por los rituales como medios para afirmar las identidades, dramatizan las injusticias y construyen solidaridades, explican el activismo por las respuestas públicas y la acción colectiva política de los movimientos sociales [...] (Aminzade and McAdam, 2001)” (Vargas, 2006: 13). La identidad colectiva con base en estructuras socioculturales y en comunicaciones simbólicas de intereses y motivaciones en donde el rol de las emociones y la conducta permiten forjar y mantener los ideales y la identidad colectiva. De acuerdo a Melucci (1995) la identidad colectiva es un proceso por el que se construye un sistema, que no solo es sostenido por una razón o un motivo sino por múltiples factores en donde las emociones forman el pilar. La identidad colectiva tiene en sí un fuerte contenido emocional; es una construcción que emerge de la relación entre el yo y el otro y yo frente a los demás.

Emociones e identidad colectiva

Las emociones penetran la identidad colectiva en los movimientos sociales y configuran parte esencial de estos; la identidad es asimilada como los referentes de reconocimiento colectivo con los cuales se elabora un concepto de “sí”, y que permite poder distinguirnos de otros, en este sentido las emociones constituyen un marco de referencia para la actuación y para configurar los marcos de acción colectiva, entendidos estos como las:

formas de comprender el entorno de problemáticas que implican la necesidad y el deseo de actuar, como resultado de la negociación de significados y sentimientos preexistentes en una población dada y que se gesta al interior de las organizaciones o movimientos. (Delgado, 2005 : 210).

Como lo señala Kemper (1990), desde el inicio de la sociología de las emociones se han expresado y desarrollado en su interior los mayores conflictos y controversias de la sociología, que se circunscriben básicamente en dos grandes posiciones teórico-epistemológicas: positivistas y antipositivistas, alrededor del tema de las emociones; para McCarthy (1989) las emociones son procesos eminentemente sociales, de tal suerte que ni siquiera cabría la posibilidad teórica de preguntarse acerca de cualquier emoción que no sea socialmente

construida, formada y orquestada; en el mismo sentido, y de acuerdo con Matthews (1992) , la emoción no puede ser comprendida como un estado interno del sujeto ni tampoco es producto de las acciones propias, individuales; más aún, es un sentimiento directamente dirigido a y causado por la interacción con otros en un contexto y situación social. Gordon (1990) aduce que el papel del científico social es considerar la definición de la situación por parte del actor inmerso en una cultura emocional particular, la cual le proporciona los conceptos lingüísticos con los cuales da sentido a sus propias emociones.

Humberto Maturana (2002: 34) alude:

finalmente, no es la razón lo que nos lleva a la acción sino la emoción [...] La razón se funda siempre en premisas aceptadas a priori. La aceptación a priori de las premisas que constituyen un dominio racional pertenece al dominio de la emoción y no al dominio de la razón.

La emoción se forma en el campo de la interacción humana, es allí donde configuran las respuestas, las expectativas y las explicaciones de mundo; por lo tanto es allí donde los seres humanos encontramos sentido a nuestra acción. No podría pensarse la identidad colectiva sin la emoción como un componente intrínseco las acciones que se propone, idealiza, y ejecutan los movimientos sociales.

Aminzade y McAdam (2001) comentan que las emociones y los procesos emocionales cuentan con gran capacidad explicativa en dos niveles de la movilización social: el individual y el colectivo. En el primero de ellos, los autores mencionados y otros más recalcan la importancia de apelar a las emociones en los momentos iniciales del movimiento social. Así, la frustración, la indignación, la rabia o la esperanza constituyen motivantes fundacionales para la acción colectiva. Como dicen Aminzade y McAdam, no se trata de decir que la movilización de emociones fuertes cause los movimientos o las revoluciones, pero a pesar de que existan circunstancias favorables, la ausencia de dichas emociones no permitirá la generación de un movimiento.

Goodwin et al. (2003) hacen un aporte situado más en el nivel colectivo. Estos autores afirman que la identidad colectiva ha devenido un término popular en la literatura sobre movilización social, y allí las emociones también tienen mucho que ver. Además de estar fundadas en características como sexo, raza, clase y género, las identidades “se usan para describir cierto sentido de solidaridad entre miembros de un movimiento social, sugiriendo lazos de confianza, lealtad y afecto”.

Desde estos diversos puntos de vista, el estudio de los movimientos sociales y los marcos de acción en donde estos se crean y recrean no solo tendrían implicaciones bajo lógicas positivistas, sino que deben contemplar lógicas desde la subjetividad que den cuenta de intencionalidades, marcos, interpretaciones, vivencias, aparte de razones y propósitos. Para Nussbaum (1995) las emociones contienen condiciones esenciales como:

- a) Contienen en sí mismas una dirección hacia un objeto, y dentro de la emoción el objeto es encarnado con una descripción intencional. La emoción es una construcción de sentido, en esta lógica contiene apreciaciones objetivas del mundo.
- b) Las emociones están íntimamente ligadas relacionadas con ciertas creencias acerca de su objeto. Las creencias, argumentan algunos, son parte constitutiva de la emoción, parte de lo que socialmente puede traducirse como una respuesta derivada de un marco culturalmente dispuesto para ellas.

El marco teórico que nos plantean estos diversos autores, nos lleva a concluir que las emociones no son simple sustrato de emotividades, sino que por el contrario son portadoras de interpretaciones y significados dependientes de consideraciones sociales y culturales que definen los momentos y circunstancias que los seres humanos viven, son creadas y sostenidas a partir de interacciones intersubjetivas y relaciones sociales, elemento que constituye la acción colectiva como una construcción social que denota identidad y pertenencia. La emoción es a la vez valoración y evaluación ética cotidiana y de cotidianidad, está expuesta a la evaluación y crítica social, implican creencias, juicios y evaluaciones que se reflejan en acciones. La cultura y las instituciones proveen a la emoción de significado, contexto temporal y espacial, por ello las acciones no son totalmente desprendidas de las emociones, y en principio es la emoción la que permite una motivación a la acción colectiva; la identidad entraña un componente emocional.

Cultura política y emociones

Los nuevos análisis culturales de la política, posteriores a lo que hoy en día se denomina el giro cultural y en respuesta a la ruptura paradigmática del estructuralismo, que ha dominado el análisis de la acción colectiva en las últimas décadas, han puesto de nuevo el tema de las emociones en un plano discursivo. A partir de los años ochenta del pasado siglo, en respuesta a las visiones positivistas y economicistas de las décadas anteriores, los análisis se vuelcan a defender el análisis cultural de la sociedad y la política, y en definitiva, del “retorno de la cultura a un primer plano”², se podría decir que tras muchos años de olvido en donde la cultura se redujo a una categoría residual desde el punto de vista explicativo, y ligado el giro

² Ver Morán (1996).

cultural hacia grandes debates epistemológicos y las discusiones acerca del papel de las ciencias humanas en la contemporaneidad, ahondaron el camino para realizar hoy en día algunas críticas a las formas de abordar las acciones colectivas y en fenómeno de los movimientos sociales. El análisis de la cultura política se ha retomado desde mediados de los años noventa, y a partir de trabajos como el realizado por Berezin (1997) titulado “Política y cultura: un terreno con menos fisuras”, se han retomado algunas discusiones que abogan por volver a estudiar la relación entre cultura política y emociones; estas discusiones han llevado a pensarse la cultura política como un subcampo de estudio de la ciencia política e incluso de la sociología y la antropología, a tener mayor apoyo de las editoriales en temas relacionados con éste y a consolidarse como área específica de investigación.

Esta relación de cultura y política ha llevado a realizar estudios sobre instituciones, ciudadanía, comunicación y por supuesto a la acción colectiva, todos englobados en la definición del concepto de cultura acuñado por Bonnell y Hunt (1999): “entendido en un sentido amplio, que abarca el estudio de las mentalidades, ideologías, símbolos, rituales”; complementando esta definición, Jasper (1997) añade componentes analíticamente separables de la cultura: cognición, moral y emociones. El campo del estudio de las emociones ha estado ligado a los movimientos sociales, desde una nueva tendencia de superar la teoría de la movilización de recursos, y del proceso político, que son reconocidos como los paradigmas hegemónicos entre los analistas de este tema; Jeff Goodwin y James Jasper cuestionan el carácter omniexplicativo de estas teorías y abogan por teorías de pequeña escala que reconozcan la particularidad tanto de la acción política como de los elementos que le subyacen; en este sentido critican la rigidez del paradigma con pretensiones universalistas y la hiperutilización del concepto de proceso político y por lo tanto de la desvirtualización de la noción central de oportunidad política, la cual hasta hace muy poco se asociaba solo con factores externos que influían en las acciones colectivas y no en la naturaleza interna de los mismos, en donde habría que pensarse si las amenazas, los obstáculos legales, los contramovimientos y la represión en ocasiones conceptualizados como oportunidades, podrían llegar a tonarse en otra cosa, pues los movimientos sociales bajo sus marcos de acción colectiva reconfiguran sus oportunidades políticas a las inicialmente previstas que les dieron origen; de este panorama se desprende la creciente necesidad de abordar diferentes dimensiones de las acciones colectivas y los movimientos sociales, así como de distintos factores explicativos que den cuenta de la particularidad de los mismos.

Este abordaje de nuevas perspectivas se centra en el terreno de las emociones fundamentalmente por dos motivos:

De un lado una razón que podríamos denominar de insuficiencia
[...] y del otro, porque algunas de las aportaciones recientes más

³ Citado en la colección editorial realizada por las mismas autoras en 1984 y recogido de la cita del libro *Beyond the cultural turn*, de la Universidad de California, 1999.

sugestivas e interesantes se sitúan cercanas a esa llamada por la reintroducción de las emociones en el estudio de la acción social y, en concreto, de la acción colectiva. (Latorre, 2005: 41).

Los autores recalcan la centralidad de las emociones para interpretar aspectos fundamentales de los movimientos sociales y con ello la posibilidad de comprender mecanismos causales de la acción colectiva distintos de la oportunidad política.

Jasper indica que las emociones son parte de la cultura, y por consiguiente, que los seres humanos somos socializados o no socializados bajo determinados sentimientos y emociones, de la misma manera en que aprendemos otras situaciones de la vida social, se trata de recuperar un elemento conceptual que está presente en la vida social; sin embargo, algunas tendencias de las ciencias sociales y humanas han relegado las emociones al plano de lo privado, restándole valor a su importancia discursiva y constitutiva de la acción; el sentir y el pensar están entrañablemente separados, “en lugar de ser un impedimento para el pensamiento, sentir es uno de los muchos modos en que las personas adquieren conocimiento y comprensión” (Gould, 2004 : 45). Para Jasper (1998): “Las creencias pueden ser equivocadas, las emociones inapropiadas. ¿Pero irracionales?” (p. 404); como otros elementos de la cultura, las emociones pueden ser vistas como fundamentales en las acciones y relaciones sociales, acompañan en esa medida toda racionalidad e irracionalidad, están moldeadas por expectativas sociales e inseparables de los procesos políticos: moldean la noción de la gente en relación a lo deseable y no deseable, son componentes de todo proceso interpretativo, son parte del mundo de cada ser y a la vez de ella construcción subjetiva de éste en relación al mundo, la mayoría de las emociones son parte de la acción racional y no su opuesto; su estudio y análisis permite inferir que las acciones individuales no son motivadas por intereses exclusivamente individuales, sino que son el resultado de la comprensión de la acción social como expresión cultural y política.

Las emociones son fundamentales a la hora de alentar o abrir a los individuos a la acción política, en este sentido, una vez la persona empieza a participar de una acción política, es objeto de procesos sociales que moldean sus emociones, los procesos, organismos y movimientos sociales, son escenario en el que las emociones pueden ser creadas y/o reforzadas, pues juegan un papel de reconstrucción del universo político, a través del propio proceso de la participación como lugar de interacción social. La interacción cotidiana promueve la aparición de constructos cognitivos compartidos que nos permiten comprender el mundo, hay aquí una relación entre la forma de vivir en el mundo o de vivir en mundo y las emociones, que es corte cultural.

Al ejercicio propio de la cultura política le subyace el análisis de elementos emocionales del entorno social, que parece moldear no solo la expresión de las emociones sino la misma experiencia emocional, es este sentido, las emociones como reflejo, condición y sustrato último

de toda reflexividad humana y social. La realidad no podría explicarse en su totalidad si no se incorpora al actor sentiente en las dinámicas humanas de interactividad e intercomunicación. Esta relación, entre las emociones y la cultura como componente de la cultura política, es tratada desde la sociología de la emoción y desde la emoción en la sociología, en ambas corrientes se recupera la participación de las emociones en la acción y en la estructura social, en los ritos, carisma, legitimidad, creencias, valores, relaciones interpersonales, conciencia de clase, violencia, privación relativa, y decisiones políticas.

En el camino que ha recorrido la sociología en darle un valor fundamental al papel de las emociones, grandes sociólogos clásicos como Parsons con su categoría de “catexis”, Weber con su categoría de “acción afectiva” y Durkheim en el establecimiento sociológico de los factores asociados al suicidio, han mencionado las emociones aunque tímidamente y buscando un concepto científico que las justifique, esto quizá por la impronta positivista de la modernidad; el nacimiento de la sociología de las emociones, que se remonta al año 1975 con Hochschild y su texto “The Sociology of feelings and emotions”, revaloriza el rol de las emociones y de nuevo las pone en escena en tres campos de estudio concreto: la sociología de la emoción, que tiene como fin el estudio de las emociones haciendo uso del aparato conceptual y teórico de la sociología, en donde Kemper con su premisa de que las emociones se nutren y tienen sentido en el marco de las relaciones sociales, para la sociología de las emociones hay fundamentalmente tres premisas:

- a) La naturaleza de las emociones está condicionada por la naturaleza de la situación social en la que los seres humanos sienten.
- b) Las emociones son expresiones de los individuos dentro del gran abanico de las formas de relación social.
- c) Es objeto propio de la sociología de las emociones, estudiar la relación entre dimensión social y dimensión emocional del ser humano.

Otra corriente sociológica ocupada del tema es la llamada sociología “con” emociones, que representa la necesidad de incorporar el componente emotivo a los estudios culturales. Esta línea sociológica se encarga de estudiar la forma en que las emociones repercuten en el comportamiento humano, es el caso de Collins que se ha dedicado a estudiar el uso de las emociones en la dinámica del poder, y con ello ha contribuido a entenderlo desde el plano de la naturaleza particular del mismo, en donde están implicados individuos y colectivos:

en el mejor de los casos, esta inclusión le pude abrir la puerta a nuevas perspectivas, nuevas visiones de la realidad social que hubiera pasado desapercibidas de no atender a la estructura y a

los procesos emocionales implicados en determinado fenómeno.
(Bericat, 2000: 151).

Ambas corrientes de la sociología ponen de relieve el hecho de que la inmensa mayoría de los tipos de emociones humanas derivan de resultados reales, anticipados, imaginados o recordados producto de la interacción relacional, de aquí se deriva que para entender la génesis de las emociones es necesario entender la misma génesis de las relaciones, y a su vez el lugar de poder y estatus que allí se dibuja; las situaciones sociales de interacción en las que el sujeto se siente con adecuado nivel de poder y/o de estatus, dan lugar a emociones positivas, respectivamente, emociones que le proporcionan seguridad, por el contrario a menor poder más fragilidad en la matiz de sus emociones; en síntesis, el conjunto de emociones puede darse como resultado de una interacción social, o puede presentarse como variables vinculadas a posiciones de poder o estatus en la misma; unas presentes a corto o largo tiempo.

Las emociones están cargadas de significados, de sentidos arraigados en contextos específicos de orden socio-histórico, contextos cuyas dimensiones se encuentran en lo *normativo*, *expresivo* y en lo *político*; de acuerdo con Hochschild (1975), la cultura está colmada de normas emocionales que regulan qué, cuándo, cómo y cuánto debemos sentir; este carácter protoactivo de las emociones, constituye una clave importante del control social; en su dimensión política las emociones están relacionadas a sanciones sociales, así como al entramado de la estructura de la sociedad; en consecuencia, quien mayor poder tiene y quien menos poder goza, viven en mundos distintos, no solo físicos sino sociales y emocionales, la emoción por lo tanto puede llegar a convertirse en un dispositivo político de poder, quizá en un mecanismo para transgredir la opinión, manipular la acción o inferir sobre las decisiones en este campo.

Las emociones influyen a la hora de tomar decisiones no como respuesta instintiva, sino como proceso racional connotado de significación cultural; las emociones lejos de ser un obstáculo para la toma de decisiones, como se considerado tradicionalmente en una mirada positivista, son requisito imprescindible para la misma. Ciertos autores de la filosofía contemporánea infieren que las emociones lejos de inferir en la toma de decisiones, éstas incluso pueden llegar a fomentarlas; algunas tesis alrededor de esto afirman que las emociones nos ayudan a tomar decisiones operando como factores que “deshacen el empate en los casos de indeterminación en el juicio o la acción” (De Zubiría, 2007: 128), mejoran la calidad de la toma de decisiones al hacer viable que haya centralidad en los rasgos propios de la situación; las emociones de igual manera afectan la racionalidad de la elección misma, intervienen en el panorama de costos y beneficios.

Emociones y geopolítica

Las emociones desempeñan un papel fundamental en el comportamiento humano, que no solo se restringe al plano de lo exclusivamente personal, estas también están presentes en los conflictos emocionales causados por los conflictos geopolíticos, en la era de la globalización, la relación con el otro se ha vuelto más fundamental, y quizá más allá de ciertos razonamientos positivistas, hoy en día hay que retomar al discurso de las realidades subjetivas, esenciales para comprender la geopolítica incluso en sus aspectos más rudimentarios. Mientras más complejo se vuelve el mundo, mayor es la tentación de analizar el sistema internacional a través del frío prisma del examen científico o pseudocientífico. Es claro, que incluso los factores objetivos tan apreciados por quienes alientan una aproximación positivista a la historia son, a fin de cuentas, profundamente subjetivos. “Debemos reconocer que la labor del mapeo de las emociones es todo menos algo sencillo. Si incluso es cada vez más difícil dibujar los clásicos mapas políticos” (Moisi, 2009 : 47).

Las emociones en el contexto de la identidad colectiva, de la geopolítica y de la toma de decisiones son esenciales, y por ello la necesidad de profundizar en temas como la movilización social y la configuración de identidades sociales; en este sentido, las emociones y el sentimiento desempeñan un papel en la toma de decisiones, en donde las emociones no son simples actores en el proceso de razonar, sino agentes indispensables. Ya que a medida que se acumula experiencia personal, se forman categorías diversas de situación social. El conocimiento que almacenamos en relación con estas experiencias vitales, incluye los datos del problema presentado, la opción elegida para resolverlo, el resultado real de la solución y el resultado de la solución en términos de emoción y sentimiento (de manera notable).

El movimiento social busca y practica una identidad colectiva, es decir, busca una forma particular de ver y darse al mundo, estar y actuar en el mundo; con seguridad esta vivencia se da desde diversos lugares, pero finalmente es esta vivencia la que le da forma al movimiento, en la misma línea el movimiento social se consolida como un escenario de compartir en donde debe existir un mínimo ideológico y por supuesto motivacional, esto a lo que se ha llamado motivación es la respuesta instintiva que posteriormente se transforma en emoción, en el sentido estricto las emociones son exteriorizadas e influyen en las decisiones que se asumen como respuestas a las carencias valorativo/ideológicas y las responde de una forma identitaria, como una forma alternativa de posicionarse frente a la acción social, porque existen y se configuran redes solidarias.

En resumen, un movimiento social comienza y se consolida porque hay gente dispuesta a ello, porque esa gente tiene una forma especial de ver la realidad y de querer transformarla y porque hay condiciones para su puesta en marcha, estas condiciones se relacionan con emociones, que dependen de una complicada cadena de acontecimientos que desencadenan acciones concretas.

El repertorio emocional convive y da vida a un ordenamiento moral de sociedad, en el que reproduce en la cultura política ciertas hegemonías en el lenguaje y que de nuevo se vinculan con actuaciones en el orden de las decisiones, tanto las emociones como el orden político que se configuran en la actuación nos permiten discutir acerca de hábitos discursivos en el campo de lo político y como ello llega a configurar la “racionalidad” del mundo de la política y hacia la preponderancia de una forma específica de lo colectivo, lo estatal, lo nacional; para muchos casos esta configuración discursiva es de tipo teológico y sobre éste se sustenta el orden político, las decisiones y la acción de “gobernar”.

El modelo teleológico, que supone que las vinculaciones políticas afectivas son reemplazadas por un vínculo racional, se pone en duda al mostrar que la racionalidad implica, por sí misma, una disposición emocional determinada y que en la experiencia de los actores se superponen distintos repertorios. Algo parecido sucede con la mirada homogeneizante de la política que presume que los valores, las creencias y las pautas emotivas afines con la democracia se expanden o deben expandirse por todo el cuerpo social y que, en esa medida, todos los integrantes de una sociedad deben compartir una misma “moral pública” (Escalante, 1992 citado por Bolívar, 2006).

Podría concluir la apreciación de la importancia de las emociones dentro del campo de lo político citando a Martínez (2009), quien resume que el estudio de las emociones en el campo de lo racional puede entenderse en dos órdenes, el *contributivo* y el *constitutivo*.

En el primero, el *contributivo*, la emoción es un tipo de fenómeno que contribuye a la acción racional; en el segundo sentido, el *constitutivo*, la emoción es por sí un estado o procesos racionales; ambas en principio con diferentes e independientes. En todo caso, lo que nos indican los estudios sociológicos, filosóficos y políticos es que las emociones no pueden ser analizadas sustraídas de la relación en que se han generado, ni la acción individual o colectiva libre de los marcos de interpretación emocional. Complementario a esto, Damasio (2001) defiende que la información tanto interna como externa al organismo, por sí misma, no sirve a la función de razonar y tomar decisiones. Según Damasio (2001) el conocimiento necesario para razonar llega a la mente en forma de representaciones, de imágenes, siendo su manipulación lo que fundamenta la actividad de pensar. Las emociones se desencadenan después de un proceso evaluador del contenido mental (Damasio, 2001), es decir, la emoción se activa al pensar la información, o interpretarla y darle un significado (Schachter & Singer, 1962 ; Lazarus & Lazarus, 2000).

Finalmente, y a modo de síntesis, es evidente en los nuevos discursos de las ciencias sociales y humanas, la necesidad de reivindicar el lugar de las emociones, también es relevante las dificultades y limitaciones de los análisis políticos que las excluyen; las emociones por una vía u otra son esenciales para la comprensión de toda acción racional, ya sea de orden individual,

colectiva o regional; desde este punto de vista también es evidente que tanto el discurso político como la geopolítica del mundo y en especial la latinoamericana, están impregnados de un marco emocional; las emociones reflejan los grados de confianza, maniobra, y decisión política, pero ante todo configuran su acción.

Es fundamental preguntarse el rol que las emociones desempeñan en la toma de decisiones, en los ejercicios de motivación colectiva y en la particularidad de las acciones colectivas que ejercen ciertos movimientos sociales, y en este escenario cómo surgen las emociones y paralelamente a ello en qué consisten las emociones. Podemos aportar a ello la consideración de que las emociones son transformaciones del mundo.

Bibliografía

Aminzade y MacAdam, Citado por Páez Darío y otros, en *Emocional Climate, Mood and Collective Behavior: Chile 1973- 1990*.

Berezin, M. (1994). *Fissured terrain: methodological approaches and research styles in culture and politics*. En Crane, D. (ed.), *The sociology of cultura*. Londres: Basil Blackwell.

_____. (1997). *Politics and culture: a less fissured terrain*. *Annual Review of Sociology*, 23, 361-383.

Bericat Alastuey, Eduardo. (2000). *La sociología de la emoción y la emoción en la sociología*. Universidad de Málaga, Departamento de Sociología, Málaga.

Bolívar, Ingrid. (2006). *Discursos emocionales y experiencias de la política. Las Farc y Auc en los procesos de negociación del conflicto (1998-2005)*. Ediciones Uniandes - CESO.

Bonnell, V. E., y Hunt, L. (eds.). (1999). *Beyond the cultural turn. New directions in the study of society and culture*. Berkeley y Los Angeles: University of California Press.

Damasio, A. (2001). *El error de Descartes: la razón, la emoción y el cerebro humano*. Barcelona: Editorial Crítica.

De Zubiría, Sergio. (2007). *Bioética, emociones e identidad*. Departamento de Filosofía de la Universidad de los Andes, Bogotá.

Delgado, Ricardo. (2005). *Análisis de los marcos de acción colectiva en organizaciones sociales de mujeres, jóvenes y trabajadores*. CINDE, Universidad de Manizales.

Elster, Jon. (1999). *Alquimias de la mente. La racionalidad y las emociones*. Paidós, Argentina.

Gergen, Kenneth. (1996). *Realidades y relaciones*. Barcelona: Paidós.

Goodwin, J. (1997). The libidinal constitution of a high – risk social movement: Affectual ties and solidarity in the huk rebellion, 1946 to 1954. *American Sociological review*, 62, 53-69.

Goodwin J., Jasper, J. y Polletta, F. (2003). Why emotions matter. En Goodwin, J., Jasper, J., y Polletta, F. (eds.), *Passionate politics* (pp. 1-26). Chicago: The University of Chicago Press.

Gordon, S. L. (1990). Social Structural Effects on Emotions. En Theodore D. Kemper (ed.), *Research Agenda in the Sociology of Emotions* (pp. 145-179). State University of New York Press.

Gould, D. B. (2004). Passionate political processes: bringing emotions back into the study of social movements. En Goodwin, J., y Jasper, J. M. (eds.), *Rethinking social movements: structure, meaning and emotion*. Lanham, Maryland: Rowman & Littlefield Publishers.

Hochschild, A. D. (1975). The sociology of feeling and emotions: selected possibilities. En Milman, M., y Kanter, R. M. (eds.), *Another Voice. Feminist perspectives on social Life and Social Science* (pp. 280-307). Nueva York: Anchor Books.

JASPER, J. M. (1997): *The art of moral protest. Culture, biography and creativity in social movements*, Chicago, The University of Chicago Press.

— (1998): «The emotions of protest: affective and reactive emotions in and around social movements», *Sociological Forum*, Vol.13, 3: 397-424.

— (2004): «A strategic approach to collective action: looking for agency in social-movement choices», en *Mobilization*, 9 (1): 1-16.

Kemper, T. D. (1990a). Themes and Variations in the Sociology of Emotions. En Theodore D. Kemper (ed.), *Research Agenda in the Sociology of Emotions*. State University of New York Press.

———. (1990b). *Social Relations and Emotions: A Structural Approach*. En Theodore D. Kemper (ed.), *Research Agendas in the Sociology of Emotions* (pp. 207-237). State University of New York Press.

Latorre Catalán, Marta. (2005). Los movimientos sociales más allá del giro cultural: apuntes sobre la recuperación de las emociones. *Política y Sociedad*, 42(2), 37-48. Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, Universidad Complutense de Madrid.

Lazarus, R. S., y Lazarus, B. N. (2000). *Pasión y razón. La comprensión de nuestras emociones*. Barcelona: Paidós.

Martínez Manrique, Fernando. (2009). Emoción, modularidad y acción racional. *Universitas Philosophica*, 52, 107-131. Bogotá, Colombia: Universidad Javeriana.

Mathews, H. F. (1992). The Directive Force of Morality Tales in a Mexican Community. En D'Andrade, R., y Strauss, C. (eds.), *Human Motives and Cultural Models* (pp. 127-162). Nueva York: Cambridge University Press.

Maturana, Humberto. (1997). *Emociones y lenguaje en Educación política*. Novena edición. CED (centro de Estudios de Desarrollo), Santiago

McCarthy, E. D. (1989). Emotions are Social Things: An Essay in the Sociology of Emotions. En Franks, D. D., y McCarthy, E. D. (eds.), *The Sociology of Emotions: Original Essays and Research Papers* (pp. 51-72). Greenwich, Connecticut, Londres: Jai Press Inc.

Melucci, Alberto. (1995). The Process of Collective Identity. En Johnston, H., y Klandermans, B. (eds.), *Social Movements and Culture* (pp. 41-63). Minneapolis: University of Minnesota Press.

Morán, M. L. (1996). Sociedad, cultura y política: continuidad y novedad en el análisis cultural. *Zona Abierta*, 77/78, 1-29.

Nussbaum, Martha. (1995). *Justicia poética*. Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello.

Otero, Silvia. (2006). Emociones y movimientos sociales: algunas claves útiles para estudiar el conflicto armado. En *Colombia internacional*, 063, 174-187. Bogotá: Universidad de los Andes.

Páez, D., Asún, D., y González, J. L. (1994). Emotional climate, mood and collective behavior: Chile 1973-1990. En Riquelme, H. (ed.), *Era in twilight. Psychocultural situation under state terrorism in Latin America* (pp. 141- 182). Bilbao: Instituto Horizonte.

Páez, Darío, et al. (2007). *Teoría y método de la sicología social*. Barcelona: Anthropos.

Peiró, J. M., Fernández Dols, J. M., y Morales, J. F. (2004). *Tratado de psicología social*. España: Síntesis.

Sartre, Jean Paul. (1973). *Bosquejo de una teoría de las emociones*. Madrid: Ed. Alianza Editorial.

[Schachter, S., & Singer, J. \(1962\). Cognitive, Social, and Physiological Determinants of Emotional State. *Psychological Review*, 69, pp. 379–399](#)

Vargas Hernández, José Guadalupe. (2006). *Crisis y transformaciones de la identidad-acción colectiva en México*. Instituto tecnológico de Ciudad de Guzmán. Jalisco, México. Disponible en: <http://alberdi.de/CRISIS%20TRANS%20IDENTIDAD%20MEX.PUB.03.06.07.pdf>